

— ¡ Oh!... ¡ La esposa que joven y lozana
Diez hijos á su esposo regaló,
Y que después viuda, enferma, anciana,
Á sus diez hijos en edad temprana
Morir y enterrar vió!....

¡ Esa mujer, que penas ha sufrido
Cuantas puede sufrir una mujer;
Esa madre infeliz, que ha padecido
Lo que tan sólo la que madre ha sido
Alcanza á comprender!....

Ella, pues, cuando á buenos y á malvados
Llame á juicio la trompa de Jehová,
Sus diez hijos al ver resucitados,
Al volver á tenerlos abrazados....
¡ Oh! ¡ de amor llorará!

Y de esa madre el dulce y tierno llanto
Á la diestra de Dios la hará subir;
¡ Y tal será su suavidad y encanto,
Que en su alta gloria al serafín más santo
De envidia hará gemir!

Mas ese llanto del amor materno,
Vertido en la presencia del Señor,
Al entrar de la vida al mundo eterno,
No, no será más dulce ni más tierno
¡ Que el llanto de mi amor!



EL BAUTISMO

Á MI SEGUNDO HIJO RECIÉN NACIDO

I

¡ Ven, y en las vivas fuentes del bautismo
Recibe, oh niño, de cristiano el nombre;
Nombre de amor, de ciencia, de heroísmo,
Que hace en la tierra un semidiós del hombre!

Los hombres que esas aguas recibieron
Con su espíritu y brazo subyugaron
La inmensa mar que audaces recorrieron,
Los mundos que tras ella adivinaron.

Potentes más que el genitor de Palas,
Al rayo señalaron su camino;
Y á los vientos alzándose sin alas,
Siguiéron sin temblar su torbellino.

Ellos al Leviatán entre cadenas
Sacan de los abismos con su mano,
Y pisan con sus plantas las arenas
Del fondo de coral del Océano.

Cristianos son los que esas formas bellas
Con que el Creador engalanó á Natura,
Obligan á vaciar sus blandas huellas
En instantánea, nítida pintura.

De un hilo con la curva retorcida
Los cabos juntan de un inerte leño....
¡Y el secreto perturban de la vida,
Y agitan al cadáver en su sueño !

Y tú también, eras también cristiano,
Tú que dijiste, contemplando el cielo :
« ¡Ya mis ojos no alcanzan, pobre anciano ;
Yo rasgaré del firmamento el velo ! »

Y en el aire elevando dos cristales,
Vuelta á Venus la faz, puesto de hinojos,
Los ojos que te hiciste fueron tales
Que envidiaron las águilas tus ojos.

Y era cristiano aquel que meditando
En el retiro de modesta estancia,
Sin afán, sin error, pesó, jugando,
Los planetas y el sol en su balanza.

II

¡Oh prenda de mi amor, dulce hijo mío!
Cuando en edad y para bien crecieres
(Y en el gran Padre Universal confío
Vivirás para el bien lo que vivieres);

Serio entonces quizá, meditabundo,
De ardor, de ciencia y juventud llevado,
Quieras curioso, visitando el mundo,
Juzgar lo que los hombres han fundado :

Conocerás entonces por ti mismo,
Verán tus ojos, palparán tus manos,
Lo que puede el milagro del bautismo
En los que el nombre llevan de cristianos.

¡Sí; do naciones prósperas hallares,
Sujetas sólo á moderadas leyes
Que formaron senados populares
Y que obligan á súbditos y á reyes;

Do al hombre vieres respetar al hombre,
Y á la mujer como á su igual tratada,
Modesta y libre, sin que al pueblo asombre
Viva fiel sin vivir esclavizada;

Do vieres generosos misioneros,
Sin temor de peligros ni de ultrajes,
Abandonar la patria placenteros
Para llevar la luz á los salvajes;

Do vislumbrares púdicas doncellas,
De obscuro hospicio entre las sombras vagas,
Curando activas con sus manos bellas
De los leprosos las hediondas llagas;

Do puedas admirar instituciones
Que abrigan al inválido, al desnudo,
Que amansan al demente sin prisiones,
Que hacen al ciego ver, y hablar al mudo ;

Do vieres protegido al inocente,
Castigado al perverso con cariño,
Respetado al anciano inteligente,
Asegurado el porvenir del niño;

Allí do hallares libertad y ciencia,
Misericordia, caridad, justicia,
Dominando del pueblo la conciencia,
De la industria calmando la codicia;

Allí do respetándose á sí mismo
Vieres al hombre amar á sus hermanos,
Podrás clamar : « ¡ Honor al cristianismo,
Que éstos no pueden ser sino cristianos! »

III

¡ Ésos serán cristianos! herederos
De la virtud y del antiguo nombre
De aquellos doce pobres, compañeros
Del que se hizo llamar Hijo DEL HOMBRE;

De Aquel que en un establo fué nacido,
De un artesano en el taller criado,
De los grandes del mundo perseguido,
Y al fin como un ladrón crucificado;

Que nada de su mano que se lea
Nos dejó, ni viajó por las naciones;
Y adolescente al pueblo de Judea
Dió tres años no más sus instrucciones;

Y cuyo Verbo empero más fecundo
Fué que el cetro y la espada de los Reyes :
¡ Con los siglos creció, renovó el mundo,
Cambió costumbres, religiones, leyes!





DOLOR Y VIRTUD

AL DOCTOR NINIANO RICARDO CHEYNE,
INSIGNE MÉDICO Y CIRUJANO ESCOCÉS.

I

¡ Oh! ¿ quién no llorará sobre tu suerte,
CHEYNE, ángel de bondad, sabio infeliz,
Que sabes del dolor y de la muerte
Salvar á los demás, pero no á ti?

— Cuando en un día tropical de Enero,
Tendido el cielo de brillante azul,
Desde el cenit al universo entero
Derrama el sol calor, y vida, y luz;

Hacia ese cielo espléndido, encantado,
Levanta entonces alegre el corazón
Tanta víctima humana, que has salvado,
Bendiciéndote á ti, después de Dios.

¡ Y tú la diestra, pálido, entre tanto,
Al pecho llevas con intenso afán,
Para contar, con gozo ó con espanto,
De tus arterias el latir mortal!

JOSÉ EUSEBIO CARO.

43

El rico no te paga con el oro,
Que con la vida le conservas tú :
Más rico aún el pobre, con el lloro
Te paga de su santa gratitud.

Mas ¡ ah! ni la opulencia generosa,
Ni el poder, ni el amor, ni la amistad....
¡ Ay, ni tu misma ciencia prodigiosa
De tu destino te podrán salvar !

Más que la griega, firme y atrevida,
Á los cielos pasmados arrancó
Tu inglesa mano el fuego de la vida....
¡ Y un buitre te devora el corazón !

¡ Oh! ¿ quién no llorará sobre tu suerte,
CHEYNE, ángel de bondad, sabio infeliz,
Que sabes del dolor y de la muerte
Salvar á los demás, pero no á ti?

II

¡ Oh, no te enojés, no, con el poeta!
Si él no puede el decreto revocar,
Si él no puede arrancarte la saeta,
Tampoco viene á emponzoñarla más.

Su misión, cual la tuya, es de consuelo ;
Él sabe que en el valle del dolor,
Ni todo gozo es bendición del cielo,
Ni toda pena es maldición de Dios.

Tú sabio — simple yo — los dos cristianos,
Ambos sabemos que ante el Sumo Ser
Que pesa en su balanza á los humanos,
Prueba es el mal y tentación el bien.

— Si todo cesa aquí, si noche eterna
Es de justo y malvado el porvenir,
Si de las tumbas en la yerba tierna
El hombre entero se ha de transfundir ;

¡ Sabio entonces el malvado, y necio el justo !
¡ Necio de ti, que con tan loco afán,
De negra muerte en incesante susto,
Sufres, y haces el bien sin esperar !

— Pero si nunca tu escarpelo ha hallado,
Cuando un cadáver fétido rompió,
En la albumina del cerebro helado
La centella inmortal que la animó ;

Si ese cerebro pesa cual pesaba,
Si sólo falta el pensamiento en él,
¡ Oh ! si ese pensamiento aquí no acaba....
¡ Sufre y espera en tus dolores, CHEYN' !

¡ Oh, no te enojés, no, con el poeta !
Si él no puede el decreto revocar,
Si él no puede arrancarte la saeta,
Tampoco viene á emponzoñarla más.

III

En el gran día en que de Dios la gloria
Se te presente en su verdad y luz,
Hallará el ángel, al abrir tu historia,
Bajo cada dolor una virtud.

Entre el justo y el malo hay un abismo :
El placer y el dolor, el bien y el mal,
Para el malo son fuentes de egoísmo,
Para el justo son fuentes de bondad.

Sí : cuando el malo en su carrera corta
Halla salud, prosperidad, honor,
Triunfa y dice en sí mismo : ¡ *Qué me importa
Que otros padezcan mientras gozo yo !*

Y cuando al fin sobre su frente pesa
Con todo su rigor la adversidad,
Cae diciendo entre sí : ¡ *Qué me interesa,
Si yo sufro, aliviar á los demás !*

De Caledonia bajo el turbio cielo,
De esos montes románticos al pie
De do ha tomado libertad su vuelo,
Bello tu madre te admiró al nacer.

Con un germen de muerte allí naciste,
Y con un germen de bondad en ti :
Los tesoros de ciencia que adquiriste
Aquí te vemos prodigar sin fin.

Sabío, puedes vivir para ti mismo;
 Justo, quieres servir á los demás :
 La ciencia que degrada el egoísmo,
 La santifica en ti la caridad.

Y hoy vives pobre, enfermo...; y envidiado!
 Mas bendito serás en tu dolor,
 Que el don del desgraciado al desgraciado
 Es el más aceptable para Dios.

En el gran día en que de Dios la gloria
 Se te presente en su verdad y luz,
 Hallará el ángel, al abrir tu historia,
 Bajo cada dolor una virtud.



EN BOCA DEL ÚLTIMO INCA

Ya de los blancos el cañón huyendo,
 Hoy á la falda del Pichincha vine,
 Como el sol vago, como el sol ardiente,
 Como el sol libre.

¡ Padre Sol, oye! por el polvo yace
 De Manco el trono; profanadas gimen
 Tus santas aras; yo te ensalzo solo,
 ¡ Solo, mas libre!

¡ Padre Sol, oye! sobre mí la marca
 De los esclavos señalar no quise
 Á las naciones; á matarme vengo,
 ¡ Á morir libre!

Hoy podrás verme desde el mar lejano,
 Cuando comiences en ocaso á hundirte,
 Sobre la cima del volcán tus himnos
 Cantando libre.

Mañana sólo, cuando ya de nuevo
 Por el oriente tu corona brille,
 Tu primer rayo dorará mi tumba,
 ¡ Mi tumba libre!

Sobre ella el cóndor bajará del cielo;
Sobre ella el cóndor, que en las cumbres vive,
Pondrá sus huevos y armará su nido
Ignoto y libre.



MIGUEL ANTONIO CARO

Hablando de Caro, el escritor liberal argentino D. Miguel Cané, persona no sospechosa de parcialidad, dice que « ha leído cuanto es posible leer en treinta años de vida intelectual. Su alta inteligencia ha entrado á fondo en la literatura moderna, y pocos como él podrían hablar con tal autoridad de lo que en materia de ciencias y letras se ha hecho en el mundo en los últimos cien años. » *Á la estatua del Libertador*, una de sus más bellas y magistrales poesías, es un retrato moral de Bolívar hecho con sentencias cuyas propias que han venido á ser históricas, y una descripción artística de la clásica obra de Teneranni. Caro, digno hijo del ilustre D. José Eusebio Caro, es bien conocido por sus trabajos literarios no sólo en Colombia sino en España, donde personas competentes consideran su traducción de las obras de Virgilio como la mejor que se ha hecho en lengua castellana. Si como poeta es notable, como prosista elegante y correcto y como escritor erudito no hay quien le supere en América. Á él, en primer término, se debe el que haya caído en desuso el espíritu antiespañol, que no era natural y espontáneo sino simple moda, fomentada oficialmente cada año por los discursos patrioterros de 20 de Julio, y tal resultado se obtuvo con el establecimiento de las relaciones diplomáticas con la madre patria, con la propagación de la buena literatura castellana y con la fundación de las Academias americanas, que tanto han contribuído á estrechar los lazos de amistad entre España y las Repúblicas hispanoamericanas. Miguel Antonio Caro nació en Bogotá el 10 de Noviembre de 1843, y es miembro de la Academia Colombiana y Presidente de la República.